

Epistolario completo Ortega-Unamuno

Soledad Ortega Spottorno
Laureano Robles Carcedo
Antonio Ramos Gaseón

Ediciones El Arquero
Madrid, 1987. 190 págs.

L

A Fundación Ortega y Gasset, recientemente constituida como Instituto Universitario del mismo nombre y adscrito a la Universidad Complutense, próxima a cumplir sus primeros diez años de vida ha sentido la necesidad, como escribe su Presidente Soledad Ortega en los breves «Propósitos» que encabezan el libro comentado, de crear una Editorial que complete la actividad de su hasta ahora, único órgano de expresión, la *Revista de Occidente*.

Esta nueva empresa editorial, que debe ser saludada ya con algo más que esperanza, nace bajo la orteguiana advocación de «El Arquero», imagen de origen aristotélico («Seamos con nuestras vidas como arqueros que tienen un blanco») y que alude a las ideas de proyecto y tensión, inherentes a la vida humana. Esto permite aventurar que nace con la pretensión de continuar y difundir el espíritu orteguiano.

La actividad de la nueva editorial incluye tres colecciones: «Textos Universitarios», «Temas de nuestro tiempo» y «Obras de Ortega». Esta última, que se inicia con la publicación del *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, pretende publicar tanto inéditos del filósofo como ediciones críticas de sus obras ya publicadas y estudios críticos acerca de su obra.

El género epistolar, hoy en claro declive y tal vez abocado a su extinción, posee un indudable interés para el conocimiento de los hombres y, por ello, de su pensamiento y del sentido de su

actividad pública. No obstante, no puede olvidarse que lo que tiene de espontaneidad —y no siempre, ya que en bastantes ocasiones se tiene presente la posibilidad e incluso seguridad de su futura publicación— y de intimidad, lo pierde muchas veces como medio para la más correcta interpretación y valoración del pensamiento.

No cabe duda de que en nuestro tiempo —tiempo de un nihilismo individualista— ha crecido el interés por la vida privada y por lo cotidiano. Este interés aparece realzado cuando, como en el caso presente, se trata de las dos, máximas figuras intelectuales españolas del primer tercio del presente siglo, a quienes, pese a sus diferentes personalidades y planteamientos filosóficos que incluso llegaron al enfrentamiento, unieron siempre, por encima de ello, la atracción, la simpatía y la admiración.

La edición incluye por primera vez la totalidad de las cartas conservadas tanto en la Casa Museo de Miguel de Unamuno en la Universidad de Salamanca como en el Archivo de la Fundación Ortega y Gasset de Madrid. Pero, desgraciadamente, se han perdido bastantes cartas de las que se cruzaron ambos pensadores, con lo que se rompe la continuidad de su relación epistolar.

El período comprendido va desde enero de 1904, fecha de la primera carta escrita por Ortega a Unamuno desde Madrid hasta diciembre de 1940 en que el primero escribe desde Buenos Aires a Fernando de Unamuno, hijo de don Miguel. En un Apéndice se incluyen cartas que Ortega escribió y que no llegó a enviar bien porque se traspapelaron o bien porque decidiera no hacerlo.

Como es lógico, abundan las referencias a cuestiones cotidianas y personales. Sorprende —relativamente— la actitud de un muy joven Ortega que, sin ocultar su admiración por el maestro es capaz de hablarle de igual a igual, llegando incluso a la crítica radical de extrema dureza algo más tarde, en la carta

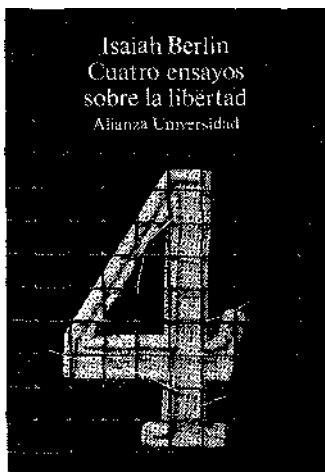
XXVIII (22.3.1912). Ortega solicita frecuentemente colaboración literaria a Unamuno (para *Los Lunes del Imparcial*, *Faro y España*; en *Revista de Occidente* nunca llegó a publicar). Tampoco escasean los consejos, críticas y comentarios acerca de la respectiva tarea intelectual. Pero, probablemente, el aspecto más interesante lo constituya la común preocupación por España y la radical oposición acerca de las soluciones más adecuadas para los problemas nacionales, que nace de sus muy diferentes talentos. Mientras Ortega se inclina por la necesidad de introducir la cultura y la ciencia europeas para elevar el nivel intelectual y vital de España, Unamuno —sin olvidar sus paradojas y contradicciones y consiguientes cambios de opinión— se refugia en un espiritualismo místico e irracionalista al que aquél se opone. Esta radical oposición queda claramente patente al examinar sus divergentes interpretaciones del *Quijote* como cifra de sus respectivas visiones de España, polémica de la que puede encontrarse eco en la correspondencia. Es más que probable que Ortega urgiese la publicación de su primer libro *Meditaciones del Quijote* (1914) como réplica y antidoto del efecto, a su juicio pernicioso para la regeneración de España, del unamunismo *Del sentimiento trágico de la vida* (1912). Así, al quijotismo de Unamuno entendido como búsqueda de un ideal espiritual irracional cifrado en el anhelo de inmortalidad personal como palanca esencial de lo humano, Ortega opone el cervantismo del libro, considerando que la ironía cervantina tiene como misión poner fin al trágico combate entre realidad e ideal mediante una transacción entre ambos. Estas dos antitéticas posturas comportan dos diferentes concepciones de la cultura: ciencia y espiritualidad, respectivamente. No obstante, y pese a afirmaciones paradójicas, Unamuno también es, a su manera, europeísta.

Las diferentes cualidades de ambos intelectuales para el lide-

razgo no dejan tampoco de hacerse patentes a través de su correspondencia.

Como señala Soledad Ortega en la Introducción, lo que confiere sentido a esta edición es el carácter exhaustivo del Epistolario; aunque muchas cartas eran ya conocidas, ésta es la primera edición completa y ha sido preparada por Laureano Robles Carcedo con la colaboración de Antonio Ramos Gascón. Ha de ser, por lo tanto, un instrumento útil para quienes emprendan la tarea apasionante de continuar estudiando las relaciones entre estas dos máximas figuras de la intelectualidad española del presente siglo, cuyas voces atravesasen personal y patéticamente estas páginas y que, desgraciadamente, no siempre fueron entendidas ni debidamente escuchadas.

Ignacio Sánchez Cámara



Cuatro ensayos sobre la libertad

Isaiah Berlin

Alianza Editorial, 1988

ISAIAH Berlin nació en Riga en 1908 y fue testigo presencial de los acontecimientos rusos de 1917. Se exilió con su

familia, siendo un adolescente, a Inglaterra y en Oxford ha transcurrido casi toda su vida, primero como alumno y después como catedrático de la prestigiosa Universidad. Isaiah Berlin es autor de once importantes libros sobre pensamiento e Historia; de las Ideas y ha sido, en 1988, el ganador del prestigioso Premio Agnelli a los valores éticos, sin duda el galardón de mayor relieve y dotación para un intelectual. El objeto principal de su trabajo ha sido descifrar la evolución y el sentido de las ideas a lo largo de la historia de la humanidad.

El libro de Berlin que ahora presenta Alianza Editorial, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, fue editado por vez primera en 1969 y recoge ensayos y conferencias que previamente se habían publicado de forma separada. Con todo, estamos ante un libro que posee una extraordinaria coherencia, unidad y actualidad.

El primer ensayo, *Las ideas políticas en el siglo XX* trata sobre las vicisitudes por las que ha pasado la idea de la libertad durante el siglo XX, en el marco de las luchas ideológicas en este siglo. Después de un repaso por las ideologías totalitarias que tan profunda y negativamente han marcado nuestro tiempo, Isaiah Berlin reflexiona sobre la dicotomía entre la libertad y la idea de la igualdad señalando que este dilema no posee una solución lógica por cuanto no podemos sacrificar la libertad y la organización necesaria para su defensa, pero tampoco podemos renunciar a un nivel mínimo de bienestar social derivado de la idea de igualdad: «Por tanto la solución debe estar en algún compromiso algo reprochable lógicamente, flexible e incluso ambiguo. Cada situación requiere sus propias medidas específicas, ya que, como dijo Kant, del madero torcido de la humanidad nunca ha salido nada derecho. Lo que esta época necesita no es (como oímos a menudo), más fe, una dirección más severa o una organización más científica. Sino por el contrario, menos ardor

mesiánico, más escepticismo culto, más tolerancia con las idiosincrasias, medidas *ad hoc* más frecuentes para lograr los objetivos en un futuro previsible, más espacio para que los individuos y las minorías, cuyos gustos y creencias encuentran (justamente o injustamente, no importa) poca respuesta entre la mayoría, logren sus fines personales... El principio inmoral de Talleyrand, *surtout pas trop de zèle*, puede ser más humano que la exigencia de uniformidad del virtuoso Robespierre y un freno saludable al control excesivo sobre la vida de los hombres en una época de planificación social y tecnológica. Básicamente ésta es la idea que hace de Isaiah Berlin el filósofo conocido por promover un nuevo «liberalismo de rostro humano» a la vez que se manifiesta claramente en defensa del individuo, del individualismo, frente a la uniformidad resultante de las sociedades tecnológicamente avanzadas.

El segundo ensayo *La inevitabilidad histórica* y el tercero *Dos conceptos de libertad* han sido objeto de amplio debate, en particular con el historiador Edward H. Carr, defensor del determinismo dialéctico de la Historia: «Esta doctrina en la versión del señor Carr, equivale a decir que cuanto más impersonal y general sea la historia, más válida es; cuanto más genérica más desarrollada; y que cuanto más atención se ponga en los individuos, en su idiosincrasia y en el papel que han tenido en la historia, más imaginaria ha sido ésta y más lejos se encuentra de la verdad y realidad objetivas. A mi me parece que esto no es ni más ni menos dogmático que la falacia contraria que dice que la historia puede reducirse a las biografías y proezas de los grandes hombres. Afirmar que la verdad está entre estos extremos, entre las posturas igualmente fanáticas de Comte y Carlyle, es decir, algo insípido, sin embargo, puede que esté cerca de la verdad».

El último ensayo *John Stuart Mill y los fines de la vida* está dedicado a exponer de forma

sintética las aportaciones del filósofo inglés. Isaiah Berlin destaca que la idea más original y decisiva de Mili, «la que le ha asegurado su fama duradera» es que «lo que distingue al hombre del resto de la naturaleza no es ni su pensamiento racional ni su dominio sobre la naturaleza, sino la libertad de escoger y de experimentar».

En suma este libro de Isaiah Berlin nos permite conocer parte esencial de las ideas de un pensador que ha contribuido de forma decisiva a la renovación, reactualización y vigencia de la ideología liberal en la segunda mitad del siglo XX.

Guillermo Gortázar

DOS LIBROS EN ESPAÑOL SOBRE GORBACHEV

La sonrisa de la «Perestroika». Gorbachev y el imperio soviético entre la decadencia y la reforma

Mateo Madrideojos

Plaza y Janes.
Barcelona, 1988. 244 páginas

De Traman a Reagan. Doctrinas y realidades de la era nuclear

A. N. Yakovlev

Plaza y Janes.
Barcelona, 1987. 342 páginas

S

IN duda es el éxito que tuvo en su día el libro «Perestroika» de Gorbachev la razón fundamental de que sigan apareciendo en nuestro idioma nuevos libros sobre esta cuestión. El libro de Gorbachev ya fue rese-

ñado en estas páginas señalándose en ellas al mismo tiempo el interés objetivo como cuestión de actualidad que tiene, la limitación objetiva del fenómeno que preside el secretario general del partido comunista de la URSS que no puede ocultarse a ningún lector y, en fin, el hecho de que las propias declaraciones del dirigente soviético muy a menudo mantienen un mayor interés que este libro, la razón de cuyo éxito se encuentra mucho más en la persona de su autor que en la valía objetiva de lo que escribió.

Recientemente han aparecido dos libros acerca de los distintos aspectos de la evolución de la Unión Soviética en los últimos tiempos. El de Yakovlev no es otra cosa que un texto de propaganda salido de las manos del responsable de esta actividad en sus aspectos internacionales dentro del Comité Central. En este caso se puede decir que se confirman las peores expectativas acerca de la significación de la evolución reciente de la Unión Soviética. El lenguaje empleado por Yakovlev es ante todo profundamente contraproducente para los objetivos que pretende al presentar a los países democráticos como dominados por los «militarotes» y los «ricachones» (sic) y perpetuamente dedicados a poner al mundo al borde de una guerra que además no va a ser únicamente fría. A partir de estos principios se hace difícil pensar en la posibilidad de una coexistencia pacífica. Si a veces la propaganda soviética se queja del antisovietismo visceral de sus adversarios, aquí tenemos desde luego un caso de antinorteamericanismo no menos visceral.

El libro de Mateo Madrideojos es, en cambio, un trabajo valioso, aunque con los límites de un libro periodístico ofrece, con un lenguaje ágil, una perspectiva bastante completa acerca de la evolución de la realidad soviética sin desdeñar el uso de estudios monográficos procedentes del campo académico. En general de la interpretación de Madrideojos se puede resumir de la manera

siguiente: la evolución soviética presenta esperanzas, pero más que nada es un acontecimiento problemático. Las reformas propuestas por Gorbachev son limitadas y parciales y las posibilidades de que supongan un cambio importante en la vida soviética son escasas. Predomina la sensación de que, aun siendo así, los problemas de Gorbachev no van a ser precisamente pequeños a medio plazo. En general estas conclusiones pueden considerarse como certeras y el hecho de que la mayor parte de los especialistas las juzgue así no puede resultar más expresivo. Frente a una opinión pública que no sólo considera posible la reforma en la Unión Soviética, sino que llega a dar por supuesto que se ha producido ya, la realidad es estrictamente esa.

Javier Tusell



El poder y la vida

Valery Giscard D'Estaing
Traducción Armando Ramos

El País-Aguilar, 1988. 332 páginas

U

NA gran parte de los presidentes de la República France-

sa, en sus diferentes nominaciones, ha escrito sus memorias. Estas ofrecen una factura literaria muy novedosa y original, caracteres muy perseguidos en la actuación pública y literaria de quien fuera, empero, presidente bajo el lema *Cambio en la continuidad*. No hay asidero cronológico ni temático en la descripción de los aspectos más sobresalientes de su septenado, abordados según la fuerza del recuerdo o de la hondura de la impresión provocada en el autor. Su exclusivo nervio argumental reside en la lejanía entre vida y poder en la Francia contemporánea y en el intento de acercar una y otro en la actividad pública del memoriógrafo y en su misma evocación.

Mediante la trabada desconexión de los 10 capítulos de la obra se pergeña el funcionamiento de los principales órganos del Estado de la V República y de los que fueron hasta 1981 sus principales impulsores. Así las deliberaciones del consejo de ministros se pintarán con rasgos impresionistas aunque suficientes para poseer una visión de conjunto de su decurso y actores. Para el lector atraído por la política serán estas páginas las de mayor interés. En ellas aparecerá esculpido, en mármol plutocrático, la figura de De Gaulle; pergeñada con tinta proclive a la negrura la de Pompidou; con colores muy matizados de la Edgar Faure; con refulgentes pinceles la de Jean Monnet y R. Barre; con dibujo muy difuminado la de Chirac; y siempre con un toque de maestría la de otros muchos personajes de la IV y V Repúblicas, entre ellos los perfiles de algunas mujeres, siempre atractivos —Christiane Scrivener, Simone Veil, Alice Saunier-Seité.

También en la escena internacional predominarán y sobresaldrán las semblanzas de los altos dirigentes. La de Helmut Schmidt es la más extensa y cordial (pp. 102-132). Giscard pone en los cuernos de la luna las excelentes cualidades humanas y políticas del que fuera durante largo tiempo el cabeza de fila de

la socialdemocracia alemana, idea cuya vida llegará a ofrecer algunas revelaciones inéditas como su origen judío. En las antípodas sitúa la estatura política de Jimmy Carter. En lugar destacado colocará al sha de Persia (pp. 73-97) y a Breznev, cuyo cuadro es más despiadado, aunque con irreprimible simpatía hacia ciertos aspectos de la actuación y la biografía del antiguo dueño del Kremlin. Sobre este zar ruso se acota alguna información poco conocida como los detalles de su larga y penosa enfermedad y su trascendencia en la marcha de la URSS.

Más rico en noticias sustraídas hasta ahora al conocimiento del gran público, es el relato de los últimos días de Reza Pahlevi, poniéndose de relieve la extensión de su tragedia personal provocada por el empleo de una mala táctica para una estrategia bien intencionada. Pablo VI y Juan Pablo II son objeto de sendas evocaciones por Giscard, un tanto evanescentes como es de su gusto. No obstante ello, la comparación entre ambos es favorable al segundo, más libre y auténtico en la opinión de Giscard, amante de todo lo -polaco, pero también complacido deudor de toda la gran herencia literaria de su país, plenamente asumida e incorporada a la vasta cultura de la inquieta mente del Papa Montini.

El mundo africano es después del europeo el preferido por el autor, al menos en esta primera entrega de sus memorias, redactadas con esa superficialidad trascendente de una gran parte de los escritores de su país. Hassan II y, sobre todo, Senghor y Annuar el Sadat comparecen en sus páginas con firme y airosa andadura, en especial el último de quien se hace un elogio caloroso por su gallardía e inteligencia. La toma de posesión ante algunos de los conflictos eclosionados en el continente negro durante el septenado giscardiano abren la pluma del autor a la confianza... estudiada. Las guerras del Chad y del Zaire le proporcionan la ocasión para

desgranar las iniciativas de la diplomacia y el ejército franceses ante ellos. Y el afán por estrechar los lazos con los antiguos miembros de la Unión Francesa sirve también al tercer Presidente de la V República gala para que éste nos describa, con pincel centelleante y leve, algunos de sus viajes por aquellas tierras.

No obstante el equilibrio que en todo instante quiere guardar el autor entre vida y política, el segundo término del binomio es el más favorecido por su tratamiento. Aunque la cultura, el arte, la naturaleza y hasta la cocina merezcan alusiones a menudo interesantes son los entresijos y recovecos del poder los que atrapan la narración. Las campañas electorales, los mítines propagandísticos, la confección de los grandes textos legislativos y tribunicios son abiertos en canal por el autor, que hace una compuesta disección de todo su sistema arterial, con datos muy esclarecedores para el ciudadano de a pie y para el estudioso. El comediante de la pintura, el completo control de una pluma que nunca va más allá de donde quiere el autor, no son obstáculo, sin embargo, para que acá y acullá no se deje algún rastro para intuir la dureza de la lucha por el poder y el descarnado realismo que preside toda opción política.

Para no remontarnos a tiempos antiguos, ya el fundador de la V República se quejaba de la dificultad de gobernar a un pueblo exacerbadamente individualista como el francés. No deja, con todo, de resultar muy llamativo —y halagador— para los españoles de la transición el que Giscard nos coloque como ejemplo a seguir y a imitar para sus propios compatriotas en las asperezas inevitables de la confrontación de ideales políticos y modelo de sociedad. «La línea que me había fijado era la de actuar sin crispación. Me parecía evidente; cada cual actuaba según sus convicciones, luchaba apasionadamente por ganar las elecciones, pero al mismo tiempo reconocía y aceptaba la exis-

tencia de otros actores de la vida pública y discutía con ellos, en un tono razonable, los temas de interés común. Para volver a encontrar la atmósfera de la época, hay que recordar que esa idea, aunque normal y casi banal, se juzgaba como provocativa y casi revolucionaria.

Los españoles me dieron una lección de actuación sin crispación.

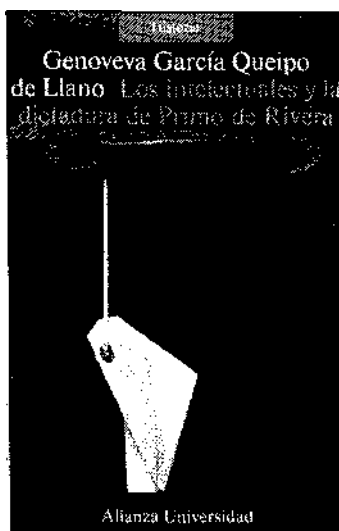
Durante el viaje oficial que hicimos a España, Anne Aymone y yo, en junio de 1979, el rey Juan Carlos nos cedió como residencia el palacio de Aranjuez, situado al sur de Madrid, a orillas del Tajo, y que los turistas conocen muy bien por la belleza de sus jardines. Debíamos ofrecer allí la cena de despedida. Los servicios del Elíseo hablan hecho muy bien las cosas en honor de nuestros vecinos españoles: habían llevado la vasija de Sévres, vinos seleccionados con pasión por el bodeguero, señor Kürtz, tapices y flores para decorar el gran comedor. Se enviaron invitaciones a todo el espectro político y social de Madrid. Después de la cena, dimos una vuelta por los salones para saludar a los invitados; de ese modo pude encontrar, entremezclándose en el mismo local, al rey de España y a sus hermanas, al viejo líder comunista Santiago Carrillo, vuelto de su exilio en la Unión Soviética, a la viuda del general Franco, al primer ministro, Adolfo Suárez, y al joven secretario general del partido socialista, Felipe González y a su esposa. ¿Quién hubiese podido imaginar en Francia semejante reunión? ¿Y por qué, pues, a partir de qué prejuicios, de qué odios sigue siendo imposible?».

Pese a que de lo ya escrito no quepa preverlo con exactitud, quizá en la segunda parte de sus memorias el ex-presidente francés deje correr la pluma dándonos unas memorias menos atildadas, pero tal vez más espontáneas. En todo caso, los platos que nos ha ofrecido de su variada y rica cocina abren el apetito para la degustación de unas páginas en las que ya se nos anuncia

que serán abordadas materias tan atractivas como una galería de personajes integrada por don Juan Carlos, Reagan, Kissinger, Sartre, Boumedián, etc.

A pesar de que la obra mantiene a lo largo de casi todo su contenido el ritmo ágil y desenvuelto de su versión original, se observa con pesados términos mal traducidos; e igualmente llegan en ocasiones a cansar los gazapos tipográficos, impropios de una editorial tan prestigiosa y de tan largos servicios a la cultura española como Aguilar, y de otra tan fustigadora a través de sus medios de comunicación de los incontables defectos y carencias de nuestra vida colectiva.

**José Manuel Cuenca
Toribio**



Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera

**Genoveva García Queipo de
Llano**

Alianza Universidad, 1988 560
páginas



A dictadura de Primo de Rivera constituye un período decisivo en la historia de la España

contemporánea; muestra de ello es el interés que despierta y el volumen de los estudios a ella dedicados. Aparte de la anomalía intrínseca que toda dictadura militar supone, al menos en los países de nuestra órbita cultural, en la de Primo de Rivera se añade el carácter de crisis final de la Restauración (el propio dictador invoca la necesidad de eliminar la corrupción de la vieja política para instaurar un nuevo y verdadero liberalismo) y del preludio del radicalismo y de la politización frenética que conducirán a la II - República y a la guerra civil. Se trata, pues, de un momento crucial de nuestra historia reciente y en el que germina la más profunda desavenencia entre las «dos Españas».

Dentro del interés general por el período destaca el estudio del papel desempeñado por los intelectuales frente a la dictadura, la actitud que hacia ella adoptan. El tema es apasionante por varios motivos. Por un lado, y posiblemente por primera vez en nuestra historia, los intelectuales como grupo se sitúan en el primer plano de la actualidad política y social, con lo que inevitablemente se plantea la polémica acerca del compromiso político del intelectual y su papel en la vida pública. Por otra parte, si bien la actitud que adoptan es muy variada, hacia 1928 se produce una manifestación general de todo el gremio intelectual contra la dictadura. Por último, los intelectuales (y más tarde, también los estudiantes) constituyen el único grupo social que se opuso al régimen, que fue bien acogido por la generalidad del pueblo. Pero el mismo radicalismo a que condujo el fin de la dictadura frustró inevitablemente la incipiente unidad del mundo intelectual. Además se trata de un período de una más que notable producción intelectual, desde algunas de las grandes obras de los miembros de las generaciones anteriores hasta las nuevas creaciones de la generación del 27 y de las vanguardias y el origen de la literatura social y comprometida.

El esclarecedor, extenso y bien documentado libro de Geneveva García Queipo de Llano *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera* tiene por objeto el estudio de este tema, verdadera clave de la España contemporánea en general y de la historia intelectual en particular. La delimitación del objeto de estudio no es fácil, entre otras razones por la misma vaguedad del término «intelectual». La autora se limita a los intelectuales que viven o actúan en Madrid y en un contexto general liberal quedando fuera los que escriben en lenguas no castellanas y ciertos representantes del tradicionalismo como puede ser el caso de Vázquez de Mella. Con esta voluntaria limitación, la importancia y el interés de los autores estudiados es patente. Por lo que se refiere a la estructura del libro y a su procedimiento expositivo sigue un criterio general cronológico. Así, el capítulo primero analiza las primeras reacciones del mundo intelectual ante el golpe del 13 de septiembre; el segundo, las divergencias de los intelectuales en 1925; el tercero, el enfrentamiento dramático de 1926; el cuarto, la polémica entre la pureza y la politización en 1927 y 1928; el quinto, la formación de un pensamiento antidemocrático y antiliberal de la derecha (protofascismo) al final del período; y el sexto, la formación, entre interrogantes, de una nueva izquierda que actuará en la II República. Las fuentes utilizadas, algunas de ellas inéditas, son fundamentalmente la prensa y la correspondencia privada conservada en diferentes Archivos.

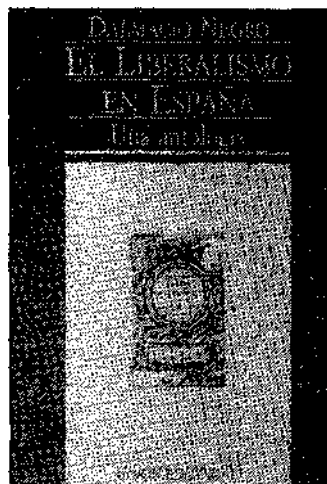
El libro muestra la evolución general de los intelectuales desde una primera actitud de benevolencia o apoyo general, excepto la oposición inicial de Unamuno, Azaña, Pérez de Ayala y la protesta del Ateneo, hasta llegar, siguiendo detenidamente la evolución personal de las figuras más destacadas, a una situación general de repulsa en 1928 que culmina con el calificado por la autora como el más grave error de Primo de Rivera: la represión

de los conflictos estudiantiles de 1929, que en buena medida motivó su caída. Queda igualmente patente que uno de los principales errores del dictador fue la general incomprensión hacia el mundo intelectual, si bien la actitud de algunos intelectuales en ciertos momentos es casi patética, bordeando el ridículo. Las acertadas conclusiones se encuentran contenidas en el Epílogo y aquí es donde, a partir de la enorme erudición acumulada, podría haberse desarrollado más una teoría o interpretación general, porque el fin de la dictadura parece saldarse con un fracaso general. Primero, ciertamente de la propia dictadura. Segundo, del propio pueblo que aceptó, complacientes unos y pasivamente otros, la situación (no tan mala como los más radicales opositores pretendían). Tercero, de los propios intelectuales, cuya unidad fue finalmente frustrada y a quienes tal vez las circunstancias anómalas de la dictadura condujeron a un radicalismo y politización, siniestro preludio del trágico final de la guerra civil. Algunas muestras del politicismo morboso pueden verse en las diferentes posturas acerca del papel de los intelectuales en la política (son minoría los que adoptan, a mi juicio, una actitud correcta) y del debate en torno al compromiso político de la obra literaria, en el que muchos hacen depender el juicio estético del político. El caso de Unamuno, verdadero símbolo de la oposición, es, aparte de su nobleza y heroísmo, patético pues sus libelos contra el dictador están en ocasiones exentos de veracidad, como el propio autor parece insinuar. No obstante, uno de los aspectos más graves de la situación de los intelectuales a fines de la dictadura es la pérdida de liderazgo de Unamuno y de Ortega, otro de los síntomas, mal presagio, de la radicalización. Por ello, quizá el peor de los males heredados de la dictadura fue la actitud frenética que llevó a adoptar a quienes deberían haber impuesto la necesaria calma en la tempestad que se iba a desencar-

denar. Así, el liderazgo de los intelectuales más liberales fue sustituido por los representantes de la derecha autoritaria de un lado y de la izquierda revolucionaria de otro.

El libro de Geneveva García Queipo de Llano pone documentadamente de relieve todo esto y constituirá necesariamente punto de referencia obligado para todos los estudiosos de nuestra historia contemporánea.

Ignacio Sánchez Cámara



El liberalismo en España. Una antología

Dalmacio Negro

Unión Editorial, Madrid 1988

F

El objeto de este libro es realizar una ordenación del pensamiento liberal español desde 1808 hasta 1936. Para ello, el autor ha recogido una serie de textos de los pensadores más destacados de cada uno de los períodos en que a su juicio podría dividirse el pensamiento liberal español, incluyendo autores preliberales anteriores. El criterio de selección ha sido tomar aquellos textos que tratan temas referen-

tes a los principales puntos del liberalismo, como la propiedad, la protección de la vida, la garantía de las libertades, los límites al poder, la fundamentación de la ley, etc. Esta Antología va precedida de un estudio introductorio en el que Dalmacio Negro analiza el origen y posterior desarrollo del liberalismo español. Comienza con un análisis de la tradición española del gobierno limitado, con el que enlaza el liberalismo hispano, al igual que el de tipo anglosajón y a diferencia del liberalismo jacobino que tiene sus raíces en el racionalismo. Así pues, una característica del liberalismo español será que éste se presenta como una reinterpretación modernizadora de la doctrina española.

Esta tradición arranca de la concepción medieval de que la libertad es previa a la ley y del derecho de los pueblos a expresar su consentimiento a la acción de los gobernantes, todo ello vinculado a la idea cristiana de que el hombre por su propia condición posee una libertad natural. En el siglo XVI esta tradición se verá limitada por el surgimiento del Estado bajo la forma monárquica y el debilitamiento del poder espiritual. En España se constituye una peculiar forma monárquica, la Monarquía Hispánica, en la que permanece vigente el personalismo medieval. El autor distingue dos momentos netamente diferenciados; la Dinastía Austríaca y la Borbónica. Para su estudio se sirve, desde el punto de vista metodológico, de la exposición que hizo Bodino de las limitaciones al poder soberano, puesto que la aceptación del concepto de soberanía es lo que separa el liberalismo de la tradición estrictamente medieval.

Bajo los Austrias considera que los tres límites fueron respetados, al menos formalmente. Según Martínez Marina «...no hubo actos directamente contrarios al principio del gobierno limitado, sino tendencias debidas a las necesidades y usos de la época». La dinastía Austríaca respetó la legislación tradicional

y continuó la política descentralizadora, lo que provocó la escasa objetivización del Estado y que el único punto de enlace fuera la monarquía, rasgo que permanecerá constante en la historia española y sin el que no se puede entender ésta a partir de 1808. Tampoco se rompió con la tradición pactista reexpuesta por los escolásticos de la época, a los cuales acudirán en busca de fuentes los liberales del siglo -XIX.

Son los Borbones quienes importaron las concepciones despoticas de origen francés y con ello el intervencionismo y el regalismo. La libertad política e incluso la civil es sustituida por la Felicidad Pública, y el Bien Común por el el Bien Público, o mejor, por los intereses dinásticos. El hecho de que se favoreciera el desarrollo económico y la propiedad privada fue con objeto de aumentar los ingresos públicos y el poder del estado. Con ese fin se introdujo también el iusnaturalismo racionalista en contra del tradicional, a pesar de que a la larga tuvo consecuencias desfavorables para la propia monarquía.

A continuación pasa a analizar las ideas preliberales que surgen por una parte de la tradición española, al estilo del liberalismo inglés, cuyos máximos representantes eran Jovellanos y Martínez Marina, y por otra de las ideas ilustradas provenientes sobre todo de Francia, continuadoras del despotismo ilustrado. Se forman así dos corrientes, la ilustrada y la liberal —la primera concentrada en la sociedad cortesana y la segunda representando a las clases medias— que se verán enfrentadas hasta el Estatuto Real (1834).

La segunda parte del estudio introductorio, examina lo que fue el liberalismo en el período de 1808 a 1936, momento en que éste dominó intelectualmente la escena política. El denominador común será la ausencia de un auténtico mando político y la insuficiencia de un Estado objetivo, ya que todo se aglutinaba en torno a la monarquía y a la

sociedad cortesana. Por ello ya desde su origen tuvo que enfrentarse al liberalismo, con el problema de reivindicar la soberanía nacional frente a la monarquía, aunque accederá a compartirla con ésta. Ello constituyó la raíz de la serie de confusiones que conllevó su política e impidió que realizara su proyecto de estructurar la nación mediante la creación de un Estado suficientemente objetivado y no mediado por la artificiosidad de una clase política alejada de los intereses de la nación, como ocurrirá más tarde. De esta manera perdió la oportunidad histórica que la Guerra de Independencia ofreció, pues los acontecimientos que tuvieron lugar en aquellas fechas hicieron posible algo que rara vez ocurre en la historia de las naciones, como es el hecho de que el pueblo recobrase plenamente su soberanía. Sería preciso retroceder hasta los tiempos de la Reconquista para encontrar un paralelo, como queda reflejado en la obra de Claudio Sánchez Albornoz «España, un enigma histórico». Es, por cierto, Sánchez Albornoz una de las ausencias que se echan en falta en esta Antología.

Según la forma política distingue tres momentos en la evolución del liberalismo español: Liberalismo idealista o doceañista (1808-1834), liberalismo posible o isabelino (1834-1874), y por último, el liberalismo imposible o de la Restauración (1874-1936).

En su primera época el liberalismo fue solamente un conjunto de ideas sin realización práctica. Los doceañistas se encontraron con el problema de la indefinición de la soberanía y de su titularidad, debido a la desafección dinástica. Lo primero que harán será proclamar la soberanía de la nación otorgando su titularidad al rey —único punto de referencia— con unos poderes limitados y configurado como un servidor público, según la antigua tradición española. La vuelta al absolutismo cortará de raíz estas aspiraciones. Sin, embargo, curiosamente, es a causa de una

disputa dinástica como los liberales alcanzan el poder. En este segundo período intentarán realizar la reforma, aunque teniendo que contar con las conveniencias e intereses de la monarquía y su sociedad cortesana. El Estatuto Real de 1834 supone el acta final de la Monarquía Hispánica, en realidad la monarquía cede el poder político a los partidos, pero se reserva la política exterior como medio de mantener su estabilidad.

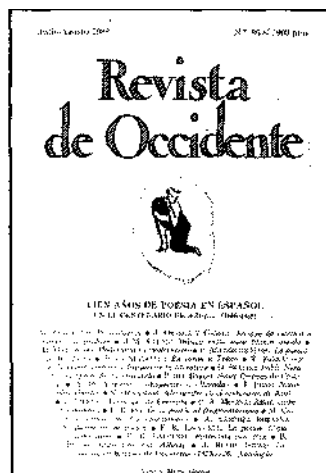
El proyecto de reforma liberal fracasó en primer lugar, porque no tuvo la fuerza necesaria: Al tener que acomodar sus principios a los intereses dinásticos, partió de la visión de una sociedad que no era la real, y no supo crear un proyecto sugestivo de vida en común. En su tercera etapa, el liberalismo «consciente de la falsedad de su posición, o bien se dispersó o bien se despegó del régimen, convirtiéndose en su crítico más acerbo, pero ya fue incapaz de encauzar el malestar y la irritación de la desorientada sociedad civil», para quedar finalmente al margen de la contienda que se suscitó, en 1936, en pos de un Estado objetivo al servicio de la nación.

Después de esta introducción analítica sobre el liberalismo, se incluye en orden cronológico la Antología de textos, donde como ya se dijo al inicio, se recorre a través de escritos de los más destacados autores aquellos aspectos que pueden considerarse la esencia del pensamiento liberal.

Para Dalmacio Negro el «liberalismo en España ha sido más una aventura que un régimen político, por lo que la idea liberal purificada espera su momento». Su libro tiene un interés especial por dos aspectos; el primero ya mencionado de que por primera vez se sintetiza de manera bastante completa el pensamiento liberal español; y el segundo es la vinculación, que hace el autor, del liberalismo español con la tradición anterior del gobierno limitado en un sentido que lo aproxima al tipo de liberalismo anglosajón, que es considerado hoy la genuina línea liberal por

parte de Jouvenel, Hayek y otros escritores renombrados de esta ideología.

María Arrieta Reboiro



Cien años de poesía en español

Revista de Occidente

N.ºs 86-87 julio-agosto 8

R

E VISTA de Occidente, desde su fundación, ha demostrado interés por la poesía, materia fundamental del cosmos literario. Sin ella, tiempo a tiempo, nada se explica del todo. Ortega, con su enorme porosidad para advertir en seguida los signos de la cultura, supo percatarse de lo que significaban unos cuantos poetas que, a partir de los años veinte, irrumpieron en la lírica española con propósito de renovarla. Les dio espacio en esas páginas de las que era piloto (Lorca, Guillen, Salinas, Dámaso Alonso entre los colaboradores), sumando a su teórica la referente a la *deshumanización del arte*, propuesta no siempre bien interpretada.

Ahora, el centenario de *Azul*, texto fundamental del modernismo, mediante el que Rubén hizo de Colón a la inversa ayudado

por la perspicacia crítica de don Juan Valera, motiva este número extraordinario que quiere ser visión de panorama más que análisis definitorio. Lo abren unas palabras de María Zambrano donde insiste en su tesis de que las revelaciones poéticas se anticiparon, en gran parte, a las filosóficas. Se reproduce un fragmento del ensayo de Ortega que sirvió de prólogo a *El pasajero*, de José Moreno Villa, y en el que constan sus reflexiones en torno a la metáfora —«*coincidencia entre dos cosas más honda y decisiva que cualesquiera semejanzas*»— y al arte que lleva a desrealizar el estilo.

Música rasta para blanco olvidado, de José-Miguel Ullán, contiene unas notas acerca del fenómeno Rubén, «*el que dijo por primera vez AZUL*» (siguiendo a Víctor Hugo, no se olvide) «*y abrió el alto origen de un horizonte*». Blas Matamoro, en *Modernos, modernidad y modernismo*, procede a efectuar unas distinciones necesarias entre los términos-ejes de su ensayo. Si la modernidad, alinea, desde el Renacimiento, profanización de la vida, crítica de la razón, industria, ciencia, democracia y progresismo, entre otros valores, la estética modernista reemplaza la inspiración por una suerte de excitación y se propugna algo así como una actitud ácrata que convierte al poeta en un ser distanciado. Pedro Aullón de Haro aborda un asunto de especialísima importancia: la trascendencia de la poesía y el pensamiento poético de Vicente Huidobro. No siempre se subraya la dimensión excepcional del inventor del creacionismo a medias con Gerardo Diego. Este impulso trasvasaría algunos de los logros modernistas a la vanguardia histórica. Aullón señala tres ingredientes esenciales: la desintegración gráfico-espacial, el juego y el humor y el hermetismo, primitivismo y exotismo. El carácter trascendentalista es el que engloba a los anteriores y abre la vía mística, el conocimiento de lo absoluto, oponiéndose a la fórmula surreal. *Altazor* es la

obra-emblema de esta orientación, frustrada según quien la describe. ¿Hasta qué punto? El César Vallejo de *Trilce* recogería, en parte, esa herencia. Sonia Mattalia, en *Del sujeto enfático al sujeto errante*, establece una curiosa afinidad: la del singularísimo peruano con Espronceda y Martí. Vallejo propicia una nueva versión del yo lírico, alma y cuerpo, vida enlaza a la muerte, convivencia de la zona íntima y la colectiva. Teodoro Fernández discurre sobre *El hacedor*, de Jorge Luis Borges, quien, en 1960, declaraba aceptar el débito del modernismo, aunque fuese Virgilio su maestro. Borges quiso ir más allá de la estricta literaria «por atribuir al poeta la función de representar ciertas eternidades o constancias del alma humana». Giuseppe Bellini, autor de *Pablo Neruda, intérprete de nuestro siglo*, usa de un tono apasionado para ofrecer la imagen de él al mismo tiempo determinado por el compromiso, el canto de amor a las cosas y la denuncia de la destrucción y la muerte. Para Bellini, la relevancia de Neruda reside «no tanto en las novedades y aciertos de estilo, como en lo que con tanto arte ha sabido decir, interpretando una época y reflejando en su problemática nuestros problemas».

El tratamiento de la poesía española se inicia con *Mares en Castilla* (sobre *Campos de Castilla*, de Antonio Machado), escrito por Pablo del Barco. Quiere romper, cuerdamente, el tópico del castellanismo adrede que se atribuye al poeta, y apoya su estudio en una dualidad que llama *Castillandalucía*, al implicarse la tierra adoptada y la de nacimiento. El Antonio Machado de Baeza fue sensible al paisaje y a la atmósfera vital de un pueblo del Sur como antes lo fuera al entorno de Soria. En la fase baezana predomina el tono de ironía. Don Guido es sátira de andaluz, aunque no creo, como del Barco, que en esa figura retratará al hermano Manuel, que arrastra su desfiguración. Sí es evidente que el mar tuvo en Antonio Macha-

do una presencia implícita y explícita, entre manriquefla y reudentora. Y junto al mar fue a morir. El otro gran nombre de una época, Juan Ramón Jiménez, viene aquí gracias al resumen que hace Aurora de Albornoz de su ya conocido y riguroso análisis de *Espacio*, obra capital de la poesía de nuestro siglo. El moguereno desarrolló al máximo «las posibilidades del yo vivo, actuante, pensante, creador... y de la conciencia intencional».

Dos notas sobre Jorge Guillen, deli malogrado Ignacio Prat, encabeza las páginas dedicadas a algunos miembros de la *Generación del 27*. Entresaco una síntesis: «La idea guilleniana, originalísima, del aire soplado en el interior del tracto por el que se sopla al exterior, realiza la voluntad de vida, el sí a la vida (s doble siseante, con leve rumor de roce valvular, en dos tonos complementarios)». Vicente Granados titula su aportación *Vicente Aleixandre en el centenario de Azul*. Dámaso Alonso, en 1917, hizo que su amigo leyera a Rubén. Sin embargo, a juicio del ensayista, el reconocimiento aleixandriano no se produciría, aunque deforma velada, hasta la publicación de *En un vasto dominio* y, luego, mediante una patética prosa de *Encuentros*. Para Granados no existe duda de que Aleixandre tomó en cuenta a Rubén cuando dijo que *la poesía no es cuestión de palabras*. Se pregunta: «¿Cuándo descubre Aleixandre al Rubén profundo? Me inclino a pensar que durante la redacción de *Historia del corazón* (1954), es decir, cuando el nicaragüense había dejado de ser utilizado por los poetas falangistas». Hipótesis muy aventurada, porque si bien el autor de *Sombra del Paraíso* no fue ajeno al cuidado de la táctica y la estrategia, esa suposición política me parece que incurre en desmesura. ¿Qué poetas eran los fervorosos de Darío? Desde la mitad de los años cuarenta, Aleixandre leyó en público composiciones del poemario antedicho. Y esos recitales eran casi siempre sub-

vencionados por la vía oficial, donde el falangismo empleaba su cuota de poder. *Birds in the night* (lectura de Cernúda desde la generación del 50), de Jenaro Talens, es uno de los trabajos más incisivos en este conjunto se reúnen. Cernúda, muerto en 1963, sería, al empezar a ser reivindicado, motivo de confronte entre la *poesía-comunicación* y la *poesía-conocimiento*. Esta última, tan afín a la del sevillano del exilio, fue seguida por algunos representantes de la hornada del medio siglo, que, como precisa Talens, no constituyeron nunca un grupo unitario (ni otros, anteriores o posteriores). Los homenajes a Cernúda promovidos por las revistas *Cántico* y *La caña gris* supondrían esfuerzos revalorizadores a doble banda, o sea, ateniéndose a las dos poéticas en juego, nada compatibles. Entiende el autor que al artífice de *La realidad y el deseo* no cabe reducirlo a la conveniencia de una postura. Después, la de algunos *novísimos* fue a centrarse en la visión «del dandy decadente y fustigador de la moral imperante». Talens concluye afirmando que, Cernúda sirve para justificar «unos criterios estéticos que bajo la pátina de liberalismo y el discreto encanto de la decadencia, dan carta blanca, simple y llanamente, al más puro conservadurismo y a la reacción».

La pormenorizada reseña de la revista *Alfar*, una de las punteras en torno al 27, que realiza César Antonio Molina, ayuda a remedir el olvido o casi de esta publicación literaria, vanguardista y galaica. Otros papeles de la época son anotados en este complejo estudio.

El hilo temporal se interrumpe, en este punto, pues ni los poetas del 36 ni los de posguerra han sido objeto de atención. Hay un incomprensible vacío que abarca más o menos diez años, sin los que resulta dificultoso entender la trayectoria general.

Los poetas en sus poéticas, de Pedro Provencio, repasa esas formulaciones tan frecuentes, con aire de reglamentarias, que, en

este caso, se limitan a las de los años sesenta y setenta. En unas existe, a juicio de quien las glosa, más convergencia que unanimidad; en otras, asomo de varios grupos y escasas perspectivas. Este abanico de teorías da ocasión a que sea puntualizada, por ejemplo, la falsa idea de que antes de que apareciesen los *novísimos* de Castellet sólo la poesía social era de recibo, lo que nunca ocurrió ni por su número ni por su importancia. Fanny Rubio, que firma *De la poesía de hoy al fragmentarismo de mañana*, expresa en el arranque: «*Hoy la poesía ha perdido en el mundo su función social*», y añade que el verso «*se rige por un código clandestino y la lírica extranjera rebota sobre el frontón lírico patrio*». Esto último quizás sea más aparente que real, ya que la ocultación de fuentes es recurso muy viejo. Denuncia el academicismo, la monotonía, el uso culturalista que elimina las emociones, etc. Como de costumbre (mala, por supuesto) se mide el todo por la parte. Es verdad que Fanny Rubio apunta a realidades incontrovertibles, aunque hay otras que no van por ahí. *Líneas de los novísimos*, de Miguel Casado, constituye uno de los textos más concienzudos, pues permite calibrar el rumbo de los alzaprimados por esa antología que Jenaro Talens denomina *provocación publicitaria*. Gimferrer, Vázquez Montalbán, Sarrdón, Alvarez, Azúa y Leopoldo María Panero son los elegidos para el minucioso desmigue. Se confirma que, a la postre, *cada palo aguanta su vela*.

Andrés Sánchez Robayna, en *Situación de la poesía*, empieza asegurando que la española desmiente que sólo sea concebible la literatura que es leída. Sin público y sin crítica, lo poético se sobre entiende, y cada vez más. Dice que el despliegue de los *novísimos* «*está en el origen de la actual pesadilla retórica*». Conviene huir de los encasillamientos generacionales y, en suma, a la vista del período más inmediato, «*la idea misma de modernidad se corresponde con la idea*

de singularidad y excepcionalidad». Fernando R. Lafuente cierra el recorrido por una centuria con su artículo *Breve memoria de la poesía hispanoamericana*. Hace hincapié en la falta de aproximación entre las orillas de lo hispánico actual y entiende que las características de lo que corresponde al Nuevo Mundo son: experimentación literaria, celebración de la palabra, lenguaje autorreferencial, redefinición del objeto poético y, también, poética que postula su inserción en el conjunto social, lenguaje coloquial, localismo y militancia política, reencuentro con lo existencial.

Dos muy sustanciosas entrevistas con Octavio Paz y Rafael Alberti se insertan a modo de Témate para un magnífico empeño, con las salvedades de rigor, en el que reluce la seriedad crítica. Un apéndice antológico, a manera de verbigracia, incluye poemas de Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Mauricio Bacarise, Ramón de Basterra, Luis Cernuda, Gerardo Diego, Enrique Díez-Canedo, Juan José Domenchina, Miguel Hernández, Emilio Prados, Pedro Salinas y Jaime Torres Bodet.

¿La poesía entre 1888 y 1988 se muerde la cola? Algunos elementos del modernismo han retornado en la obra de poetas jóvenes. Vendría bien no echar en saco roto las palabras de Rubén: la poesía no es sólo lenguaje, sino emoción humana.

Luis Jiménez Marios

Ramón Martín Herrero

LA CRISIS DEL SENTIMIENTO NACIONAL

Prólogo de
PEDRO LAÍN ENTRALGO



te nos

La crisis del sentimiento nacional

Por Ramón Martín Herrero, prologado por Pedro Laín Entralgo

Editorial Tecnos, S. A.
Colección Ventana abierta.
Madrid, 1987

L

A atonía en que parece haber caído el sentimiento nacional de muchos de nuestros compatriotas ¿es sólo una crisis, un episodio momentáneo, o revela una profunda decadencia? El nacimiento del Estado de las Autonomías ¿supone una postergación, un olvido o enervamiento del nacionalismo español, o es una nueva concepción de la nación que es España, que incluso podría potenciarla si todos conseguimos que la nueva organización nacional funcione a pleno rendimiento? En resumen; España, tal y como la Constitución de 1978 la organiza, ¿interesa de verdad a los españoles? El Autor plantea preguntas como éstas e incita al lector a que deduzca sus propias consecuencias, pero tan-

to él como su ilustre prologuista, le amonestan sin rebozo para que ponga manos a la obra cuanto antes, porque sólo así podrá superarse la innegable crisis de un sentimiento nacional, de un amor a la patria común que hoy, para muchos, parece ser ya mero residuo del pasado. Pues, de no obrarse así, podría entrarse en una progresiva, quizá irreversible decadencia. Evitarla —se nos dice— ha de ser obra común, de todos y por todos emprendida.

Luis Horno Liria

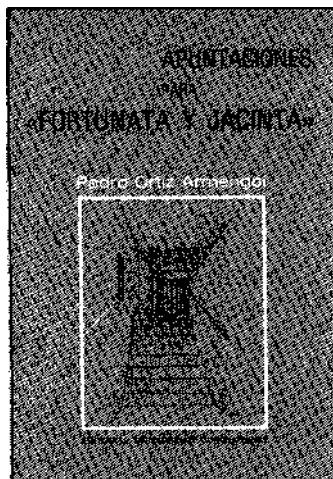
Apuntaciones para Fortunata y Jacinta

Pedro Ortiz Armengol

Editorial de la Universidad Complutense. Madrid, 1987



Un alarde de conocimientos galdosianos y un libro de máxima utilidad para quienes recorran las páginas de la cada vez



más admirada «Fortunata». Un magnífico estudio preliminar de su estructura, ambiente, urdimbres y personajes. Mil cuatrocientas notas sobre cada hecho, figura, lugar, acontecimiento o frase del libro que pueda ser aclarado, ampliado o perfilado en la compleja interrelación del mundo galdosiano. Índices analíticos de cada una de las partes de la novela, y de cada género y tipo de sus personajes. Utilísimas genealogías de éstos. Mapas y croquis de los lugares donde transcurre la novela y de los sitios, pueblos y ciudades citados en sus páginas. Un cuadro cronológico del desenvolvimiento de su acción. Y, además, nuevos índices que alfabetizan las propias notas anteriores y que ordenan a los personajes por su aparición en el texto. Todo ello, confeccionado con amoroso rigor, convierte a este volumen de 623 páginas en 4.º, en un puro deleite para el amante de Galdós y en un instrumento válido para completar con él cualquiera de sus actuales, pasadas o futuras ediciones.

Luis Horno Liria